

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,

Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARIA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona,

Y

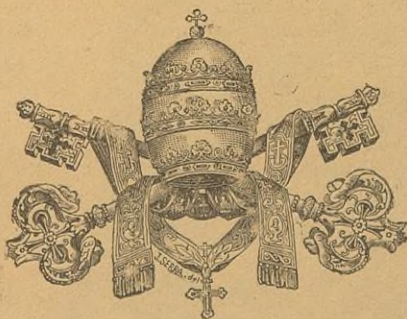
D. EMILIO MORENO CEBADA,

doctor en sagrada Teología:

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE BOJ
REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
CALLE DE ROBADOR, N.º 24 Y 25.
1871.

Entregas 5 y 6. *l. y l. 2.*

L47
2868

P. 10 IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA
Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU ALCORNOQUE PONTIFICADO.

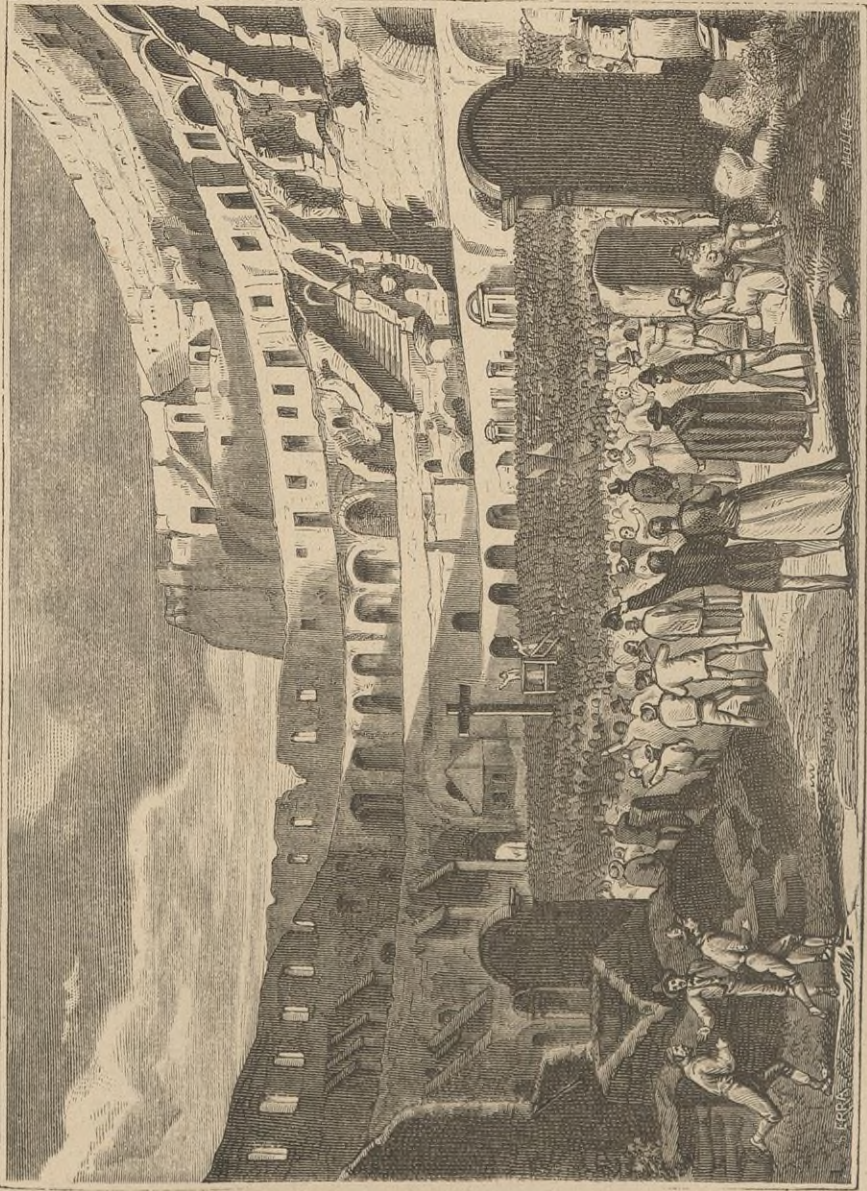
REDACTADA POR D. ESTEBAN...

D. EDUARDO MARIA VILARASA.

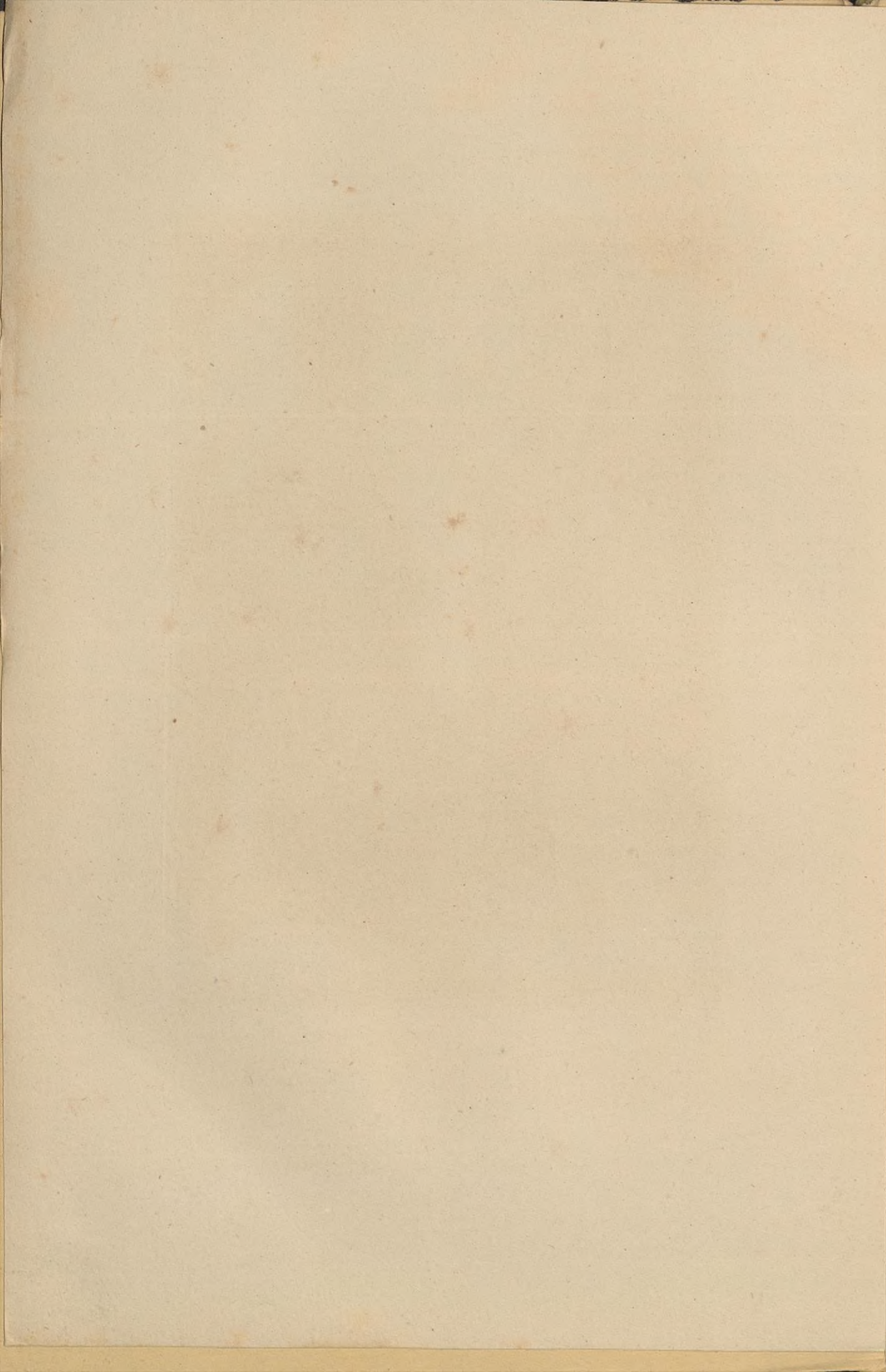
D. ENRIQUE MORENO GEBADA.

IMPRESA Y LIBRERIA DE J. M. VILARASA Y C.ª
EN MADRID, EN LA CALLE DE...

Encomendado a...



MANIFESTACION EN EL COLISEO Á FAVOR DE LA GUERRA.





ASESINATO DEL MINISTRO ROSSI.

sobre nosotros? Porque en verdad es cosa horrible que por ser católicos é hijos de la Iglesia hayamos de ser dominados por esta, y no nos quede otro arbitrio que abjurar nuestros derechos todos, esperar de la liberalidad de los eclesiásticos como una concesion lo que por justicia se nos debe, y estar condenados á la suerte del pueblo mas miserable de la tierra.

«Sé tambien que esos sentimientos se han vulgarizado mas de lo que se cree, y han llegado á penetrar hasta el corazon de las mujeres; de modo que en pocos dias han venido á quedar perdidos los veinte años que llevo de apostólicos trabajos, encaminados á unir mas y mas al pueblo romano con la Iglesia. Lo que yo previera y predijera en mis cartas todas se ha realizado por desgracia, y ha sucedido en mayor escala todavia de lo que pensaba. El protestantismo se halla introducido de hecho en una parte del excelente y religioso pueblo romano, y ¡horrible es decirlo! esto ha sido obra de eclesiásticos y resultado de la perniciosa política á que el Papa ha sido arrastrado.

«¡Ay! amigo mio, la idea de un obispo que hace ametrallar á sus diocesanos, de un pastor que degüella á sus ovejas, de un padre que envia la muerte á sus hijos, de un Papa que quiere reinar y dominar á tres millones de cristianos por medio de la fuerza, y restablecer su trono sobre ruinas, cadáveres y sangre, esa idea, digo, es tan singular, tan absurda, tan escandalosa, tan horrible, tan contraria al espíritu y á la letra del Evangelio, que no hay conciencia que por ella no se escandalice, fe que pueda resistirla, corazon que no se estremezca, ni lengua que no se sienta movida á la maldicion y á la blasfemia. ¡Ah! preferible era mil veces perder todo el poderío temporal y el mundo entero, á ser preciso, antes que dar al pueblo romano escándalo semejante!»

Puede calcularse cuál seria la amargura de Pio IX al saber que de tal modo hablaba, y tales y tan atroces calumnias propalaba, no ya un miembro de esas sociedades secretas instituidas para arrebatar la paz y la tranquilidad de los Estados y destruir todo recto principio, toda idea de religion, de patria y aun de familia, sino un religioso que hasta pocos dias antes habia sido clarín de la divina palabra. Mas tarde el P. Ventura volvió en su acuerdo, y lloró aquellos momentos de extravío en los que se convirtió en parricida y en apóstol y abogado de la mas miserable de las causas.

Pio IX tenia el corazon destrozado por las traiciones con que fueron recompensadas sus virtudes. Habia sido para su pueblo un padre amante y cariñoso; y este mismo pueblo, que le habia rodeado de homenajes, que le habia aclamado á voz en grito, que habia arrojado flores á su paso, que se gloriaba en proclamar que su rey era el mejor de los reyes, le abandonó, se apartó de sus banderas, ó al menos no tuvo valor para deshacerse de los miserables que de todos los ángulos de la Italia habian caido sobre él, y le habian obligado á comer el pan de la emigracion. ¿Y por ventura Pio IX se convirtió en tirano de su pueblo? ¿Quiso que sus hijos fuesen ametrallados? ¿Pretendió imponerse por el terror? No: Pio IX hubiera para siempre abandonado el poder temporal, si el cetro y la corona de príncipe hubiesen sido suyos, antes que permitir se vertiera una sola gota de sangre. Pero Pio IX estaba ligado por solemne juramento. El patrimonio que administraba era el de san Pedro, y debia transmitirlo íntegro, segun lo habia recibido, á sus sucesores. Hizo un llamamiento á la Europa, no para que vengase las ofensas que le habian sido inferidas, sino para que saliese en defensa de los fueros de la justicia ultrajados; para que librase á su amado pueblo de las hordas de los impíos que ha-

bian caído sobre él, y que contribuyera por la fuerza de las armas á que renaciera la paz y la tranquilidad en la Ciudad santa, convertida en aquellos dias en un pueblo de salvajes, donde se insultaba á Dios, se perseguía la Religión, se maltrataba á los ministros del santuario, y se publicaban las leyes mas obscenas, indignas de un pueblo civilizado. Revestido Pío IX de un doble carácter, el de Jefe supremo de la Iglesia y el de Príncipe temporal, debía por una parte combatir la impiedad hasta en sus últimas trincheras, y por otra mirar por el bien de los pueblos, cuyo régimen le habia sido confiado por disposiciones de la Providencia. ¿Quién se atreverá á asegurar que Pío IX no obró en ocasion tan solemne con verdadero espíritu de justicia? ¿Debia abandonar por completo su causa, dejando entregado su pueblo á su propio consejo? La paz no puede establecerse sino por medio de la justicia, y la justicia tarde ó temprano se abre paso por entre las obras de iniquidad levantadas por los hombres. Á la hora en que escribimos, Roma vuelve á carecer de los desvelos de su padre y legítimo príncipe: la iniquidad ha vuelto á levantar la cabeza, disfrazada con el nombre de *unidad italiana*, y ha colocado á la virtud por escabel de sus piés. De nuevo se abrirá paso la justicia de Dios, y por caminos que ahora nos son desconocidos resplandecerá la verdad, al tiempo mismo que caerá destrozado en mil pedazos el nuevo edificio erigido sin cimientos que le sostengan. Hoy no ha respondido como entonces la Europa al llamamiento del atribulado Vicario de JESUCRISTO. No lo extrañamos: la Europa se halla desquiciada: sus Gobiernos sus Gobiernos en su mayor parte nacidos de las revoluciones, y carecen de libertad de accion, porque se bambolean, y un soplo de viento puede dar con ellos en tierra. La anarquía reina en todas partes, y no se ve un rayo de luz que nos haga concebir esperanzas de mejores tiempos. Pero no importa; Dios vela, y el remedio de que tanta necesidad tiene la Europa vendrá, porque Dios no nos ha abandonado, ni puede dejar de favorecer á su Iglesia.

Nos hemos apartado involuntariamente de nuestro relato histórico que volveremos á reanudar.

Decíamos que Pío IX, al hacer un llamamiento á la Europa católica, habia cumplido con sus deberes, y esto nos demuestra cuán miserables eran sus destructores, que hacian creer en infames proclamas que no queria otra cosa sino que sus hijos fuesen degollados.

Fijemos nuevamente la vista en la capital del mundo cristiano.

Los resultados de la accion de 30 de abril excitaron en el corazon de los revolucionarios nuevas ideas de resistencia. Los pigmeos recordaron el histórico valor de los antiguos romanos, y ellos, que en su mayor parte no lo eran, como antes hemos dicho, quisieron convertirse en héroes. Su primer cuidado fue animar á los débiles para que se preparasen á la lucha, y que no quedase un solo ciudadano sin tomar las armas. Para lograr esto se multiplicaron las proclamas, en las cuales se hablaba de proezas imaginarias, y se daban seguridades de triunfo que no tenian seguramente los mismos que las daban. Así, pues, muchos de los que pocos dias antes aclamaban á Pío IX fueron seducidos, y creyéndose héroes cuyos nombres transmitiria la historia de una en otra generacion, gritaban entusiasmados: ¡ Viva la república! ¡ No mas Papas! ¡ No mas reyes! El general Avezzana, ministro de la Guerra, publicó ya entrada la noche la siguiente proclama:

«INVENCIBLES ROMANOS: Á las diez de la mañana, una parte de la division

francesa ha atacado vigorosamente á nuestras tropas por el lado de San Pancracio y del muro que rodea el Vaticano. Nuestros valientes republicanos han probado con hechos ser los dignos hijos de los Brutos y de los Escipiones: el enemigo ha sido rechazado en todos los puntos.

«Un nuevo Bruto nos reta... ¿Desmentiréis vuestro origen? Esta jornada ha presenciado hechos inspirados por el mas sublime heroismo. Pueblo, naciste libre; pueblo, fuiste señor del mundo. Pueblo, ¿quieres aceptar las cadenas de la esclavitud?»

Fuera de sí los revolucionarios con sus pretendidos triunfos, publicaban decreto sobre decreto y proclama sobre proclama, repitiendo siempre lo mismo, esto es, que nada podia resistir al valor de ellos, que estaban llamando por su heroismo la atencion del mundo. Hé aquí uno de estos documentos, emanados de la comision de barricadas. No puede darse cosa mas trivial ni jactanciosa:

«PUEBLO: Ayer empezó la entrada de los franceses en Roma, y la verificaron por la puerta de San Pancracio en calidad de prisioneros. Esto no debe sorprendernos á nosotros, el pueblo de Roma; mas causará una curiosa sensacion en *París*, lo que no dejará de sernos provechoso.»

Despues de tres párrafos ampulosos, dedicados á probar que las bombas y los cañonazos son de efecto casi nulo en cuanto á la vida de las personas, y solo un pretexto para hacer capitular á las ciudades, continúa de este modo la proclama:

«Encargamos á los mercaderes que tengan abiertas sus tiendas, lo cual al mismo tiempo que es cómodo produce muy buen efecto. Hoy debemos fortificar el Pincio: acudid allí en gran número, y trabajaremos unidos. Recomendamos á los *tiradores de toda clase* que esperen la proximidad del enemigo á quien quieran herir, medio seguro para impedir la retirada y para adquirir nombradía... Vengan hoy otra vez, y verán lo que les pasa.»

Mientras tanto tenian lugar estos acontecimientos y Roma preparaba una tenaz resistencia, una escuadra española compuesta de las fragatas *Cortes* y *Villa de Bilbao*, de los vapores de guerra *Leon* y *Vulcano* y de otro buque de menor porte, el *Bidasoa*, bajo las órdenes del vicealmirante Bustillos, llegaba (dia 29 de abril) delante de Terracina.

El efecto que causó nuestra escuadra fue admirable. Apenas se presentó en aquellas aguas, pudo verse que la bandera tricolor italiana flotaba en uno de los fuertes que defienden la ciudad. El jefe de la expedicion hizo colocar sus buques en forma de batalla, y se disponia á empezar el fuego. Esta operacion no debió parecer muy aceptable á los de Terracina, cuando como por encanto desapareció en el momento la bandera tricolor, que fue sustituida por una blanca en señal de paz. Entonces un ayudante del General y el teniente de navío D. Juan Bautista Topete saltaron en tierra, para manifestar á aquellos habitantes que el objeto de la expedicion no era otro que el de contribuir al restablecimiento de Su Santidad Pio IX en la plenitud de sus derechos y de su autoridad temporal; que la Reina católica de España y su Gobierno estaban decididos á no perdonar medio alguno para conseguir aquel resultado, ventajosísimo no solamente para los Estados romanos, sino para todo el mundo cristiano, y que los hombres honrados podian estar tranquilos y contar con toda seguridad de que sus personas y propiedades serian respetadas.

Estas protestas fueron escuchadas con entusiasmo, y nadie se atrevió á

presentar objeciones de ninguna clase, é inmediatamente la bandera de Pro IX fue izada sin oposicion alguna en el mismo lugar en que habia ondeado el estandarte revolucionario.

Entonces con el mayor órden desembarcaron las tropas, y en nombre del poder legítimo tomaron posesion de los fuertes, destruyendo una mina que los rebeldes habian abierto cerca de la torre Gregoriana, en el camino que debian recorrer las tropas napolitanas.

Era un consuelo para los católicos el ver que las cuatro potencias llamadas por Su Santidad, á saber, Austria, Francia, España y Nápoles, se habian puesto en movimiento para concluir con la funesta república de Roma. La España pudo gloriarse de ser la primera en hacer levantar la bandera de Pro IX en una de las ciudades rebeldes, pues si bien las tropas francesas habian antes desembarcado en Civitavecchia, no habian izado la bandera pontificia, sino la francesa, que flotaba al lado del árbol de la libertad. Por aquellos dias aun no se veian claras las intenciones de la Francia. La España, por el contrario, manifestaba sin ambages que su intencion no era otra que la de restituir á Pro IX su poder temporal usurpado sacrílegamente por la revolucion.

Séanos lícito manifestar el regocijo de nuestra católica nacion por la parte que su Gobierno tomaba en las aflicciones del Soberano Pontífice, y su buen deseo de contribuir á su restablecimiento en la Ciudad eterna. Nuestra patria tomaba la parte que le correspondia en la gran cuestion que estaban llamadas exclusivamente á resolver las potencias católicas.

El 22 de mayo se embarcó en el puerto de Barcelona la expedicion destinada á Italia, fuerte de cinco mil hombres al mando del bravo general Córdoba. El espectáculo que aquel dia presenció la culta Barcelona, la segunda capital de España, célebre por su industria y por los grandes hombres que en todas épocas ha producido, no se borrará fácilmente de los que tuvieron la dicha de presenciarlo. El embarque de nuestros aguerridos batallones se hizo con una precision y órden que hubiera dado envidia á los ejércitos mejor disciplinados.

Era la madrugada del 23 cuando la expedicion se hizo á la vela, entre las salvas de artillería, los vítores, las aclamaciones y el inmenso ruido que producian las músicas y las campanas de la ciudad. Dígase lo que se quiera, el carácter español es noble y caballeresco. Así es que mientras los hombres de fe, los católicos sinceros vertian lágrimas de consuelo al ver que los hijos de nuestra patria acudian en defensa de los intereses del mundo cristiano, los tibios é indiferentes participaban de los mismos sentimientos, porque se trataba de auxiliar la desgracia y de defender á un anciano inofensivo, cuyas manos no se habian abierto mas que para dispensar beneficios. El 27 llegó la expedicion con toda felicidad á las costas de Italia, y en la tarde del mismo dia desembarcó una parte de ella, concluyéndose el desembarque al siguiente dia 28.

¡Gloria á nuestra patria que en los dias de prueba sabe recordar que es la España de los Recaredos y Fernandos! Méritos suficientes ha hecho en diversas ocasiones para que Dios se apiade de su triste y lamentable estado actual, y haga renacer en ella aquel espíritu católico que ha sido siempre la perla mas brillante de su corona de glorias, y que hoy se han propuesto cubrir de lodo y cieno españoles degenerados que en vez del orgullo del honor, alimentan el orgullo de la impiedad. ¡Dios vendrá en su auxilio!

Se acercaba la hora de la justicia. Los revolucionarios, que tantas desgra-

cias habian causado en la Ciudad eterna, los que puede decirse que habian declarado la guerra á Dios, que insultaban y asesinaban á los sacerdotes, que hacian escarnio de cuanto existe en la tierra de mas santo y digno de respeto y veneracion, debian ser confundidos, al paso que la cátedra de Pedro, de donde emana la civilizacion verdadera que da la paz y la tranquilidad á los pueblos, debia verse nuevamente rodeada de gloria y de esplendor, de aquella gloria y de aquel esplendor de que quiso rodearla el divino Fundador de nuestra religion santa y adorable. Aun hemos de narrar nuevos desastres; aun hemos de ver nuevas impiedades y de escuchar nuevos gritos satánicos en aquellas calles antes tan pacíficas por las que en edificante recogimiento atravesaban los peregrinos de todos los países del mundo; pero despues verémos abrirse paso á la justicia de Dios, que disipará todas las tinieblas, y llevará el consuelo al fondo de todos los corazones católicos.

CAPÍTULO XXXII.

SUCESOS DEL SITIO DE ROMA.

AL mismo tiempo que el General en jefe de la expedición española salía de España al frente de sus tropas para apoyar la mas justa de las causas, el ejército napolitano, bajo las inmediatas órdenes de Fernando II, rey de las Dos Sicilias, penetraba en los Estados romanos.

El furor de los triunviros romanos llegó á su colmo al ver que por todas partes acudian tropas extranjeras, y quiso desahogar la hiel de su impotente ira contra Fernando II, al que odiaban porque habia triunfado de la revolución en sus Estados. Así, pues, en una proclama que dirigieron al pueblo romano estampaban estas orgullosas frases: «Así como hemos vencido á nuestros primeros lidiadores, vencerémos tambien á los segundos.» Y al saber la marcha de las tropas napolitanas, uno de los triunviros, convirtiéndose en payaso, exclamó en pleno consejo: «Hemos desplumado y comido el gallo: ahora cocerémos y comerémos los macarrones.» Esta bufonada fue recibida con estrepitosas salvas de aplausos. Estas comedias las vemos repetidas en todas las revoluciones. Siempre hay hombres que viendo su impotencia y la proximidad de una derrota procuran con bufonadas hacerse propicias á las masas revolucionarias. ¡Los pueblos son iguales en todas partes! Lástima es que las lecciones de la historia no sirvan de experiencia, y que siempre haya quienes se dejen alucinar y arrastrar por míseros farsantes, que no buscan otra cosa que enriquecerse á costa de los pueblos, siempre prontos á prodigar su sangre por los que, ofreciéndoles un paraíso de delicias, labran su fortuna y abandonan á los ciegos instrumentos de su ambicion.

Dejemos á uno de los mas imparciales historiadores el explicar la continuación de los sucesos:

«Desde Maglianella, el general Oudinot trasladó su cuartel general al pueblo de Palo: la primera brigada, acampada en Polidoro, ocupaba una serie de montañas muy fáciles de defender en caso de ataque, y ochenta caballos del 1.º de cazadores y el 66.º de línea, desembarcados en Civitavecchia después del 30 de abril, reforzaron la segunda brigada. El General en jefe, considerando de la mayor importancia tener en la embocadura del Tíber un punto que permitiese interceptar las provisiones que se dirigían á Roma, y que sirviese al mismo tiempo para facilitar el transporte de las de su ejército, había resuelto apoderarse del fuerte de Fiumicino, situado en la orilla derecha de uno de los brazos del río, cuya comisión confió al capitán de Estado mayor Castelnau; este oficial dispúsose al momento para desempeñarla cumplidamente, y saliendo de Palo el día 5 de mayo al frente de tres compañías de infantería y de veinte y cinco cazadores de á caballo, llegó después de ocho horas de marcha al frente de Fiumicino, el cual había sido evacuado aquella misma mañana por la guarnición romana. El capitán Castelnau lo ocupa militarmente en calidad de comandante superior, y el General en jefe señala en un batallón la fuerza que cree necesaria para conservar y defender la embocadura del Tíber, y extender la ocupación hasta Ostia; al mismo tiempo establece en el fuerte un depósito general de provisiones, que desde allí llegaban sin dificultad al ejército, ya por el río, ya por los dos caminos paralelos á él. Algun tiempo después, cuando se querrá echar un puente sobre el Tíber á la altura de San Pablo, reuniránse en Fiumicino las barcas y materiales necesarios para su construcción: por el Tíber son dirigidos á Civitavecchia y á Córcega los enfermos y los heridos, y también por Fiumicino tienen lugar las correspondencias diplomáticas del General en jefe con la embajada de Francia en Gaeta.

«Nuevos refuerzos llegados de Francia se habían reunido al ejército; un escuadrón del 1.º de cazadores, el 16.º regimiento de infantería ligera, la brigada del general Chadeysson y seis piezas de batir permitían abrir otra vez las hostilidades con ventaja; así es que el General en jefe reunió en consejo á los jefes de artillería y de ingenieros para determinar el plan de ataque, y después de detenidos estudios fue elegida por centro de los movimientos la porción del recinto próximo al río y situada en su orilla derecha, posición que reunía la doble ventaja de respetar los monumentos de la ciudad, y de no apartar al ejército de su doble base de operaciones: Palo y Civitavecchia. Fijado y aprobado este plan, la brigada Mollière se pone en marcha hácia Castel Guido, á donde no tardó el Generalísimo en trasladar su cuartel general; la primera y segunda brigadas reciben la orden de ocupar las alturas de Maglianella y de Lungaretta, y el 2.º de línea toma posición en Ponte Galera, comunicando con la Via Aurelia por un camino practicable para la artillería. Semejantes disposiciones causaron gran sensación á los agentes diplomáticos franceses que habían permanecido en Roma, y temiendo las consecuencias que podrían resultar del rompimiento de las hostilidades con fuerzas que creían insuficientes en vista de la actitud del ejército romano, aumentado con considerables refuerzos, quisieron á toda costa hacer saber al cuartel general las disposiciones del enemigo. Para desempeñar tan difícil misión era necesario un hombre inteligente, animoso y adicto, condiciones que reunía Mr. Mangin, el cual conocía al general Lante, que había hecho la última guerra de la independencia, y estaba además en relaciones de amis-

tad con su ayudante de campo Mr. Galvagni, que desempeñaba entonces las funciones de director de policía. Mr. Mangin manifestó á ambos el proyecto que concibiera, y les rogó que prestasen su cooperacion á él, facilitándole los medios de llegar al campamento de los franceses, á fin de evitar, si posible era, la continuacion de una sangrienta lucha; el General se negó á ello bajo pretexto de que traspasaria los límites de sus poderes favoreciendo un acto que solo los triunviros podian apreciar y aprobar en su caso; recibida esta contestacion, Mr. Mangin se presentó ante el triunvirato sin pérdida de momento, y recibido por Mazzini, dijole este, despues de escuchar su proposicion muy poco favorablemente: «Caballero, el paso que pretendéis dar nos es indiferente, pues hemos probado á la faz de la Europa entera que Roma no teme á la Francia. Hemos prohibido á los franceses acercarse á nuestros muros, y sabrémos hacer respetar nuestros preceptos. Roma es la Ciudad eterna; ¡desgraciado del que atente contra ella!» Mr. Mangin insiste, hasta que por fin, despues de largas conferencias con sus colegas, Mazzini le entrega un pase; esto sucedia á las seis de la tarde, y sin perder un instante sale por la puerta Angélica en direccion á la puerta Cavallegieri: gran número de guardias cívicos se hallaban armados en las murallas; mas el animoso francés, acompañado de un capitán de Estado mayor que los triunviros le habian dado para protegerle en caso necesario, ata un pañuelo blanco al extremo de un baston. «¡Atrás, le gritan, atrás, no se pasa!» pero Mr. Mangin adelanta siempre; los guardias cívicos hacen fuego contra él sin poder detener su marcha; las balas silban al rededor de su cabeza, y el cochero se detiene diciendo: «Volvamos á la ciudad; si vuestro deber es hacerlos matar, el mio es vivir para mi mujer y mis hijos.» El capitán romano añade: «Ya veis, caballero; nos haríamos matar aquí sin provecho y sin gloria; volvamos á Roma.—¡Sea, pues! contesta Mr. Mangin; mañana empezaremos de nuevo.»

«En efecto, el dia siguiente emprendieron el mismo camino, y llegaron sin obstáculo hasta la Malagrotta; mas al llegar allí se ven rodeados por una partida de garibaldinos: Mr. Mangin, á pesar de su carácter diplomático y de las protestas del capitán romano que le acompañaba, es arrestado; varios fusiles se dirigen contra su pecho, y un coronel de caballería llamado Masina le amenaza con hacerle fusilar, siendo precisa la intervencion del mismo Garibaldi para sacarle de una muerte cierta. Despues de tan desgraciado encuentro, vióse obligado á volver á Roma.

«En presencia de tantas dificultades, habria cedido cualquier hombre de un valor menos ardiente, mas Mr. Mangin sentia crecer su energía en proporcion de los obstáculos; preséntase otra vez delante de Mazzini, pero no ya como suplicante, sino como un hombre que tiene derecho de hablar alto. «El poder del general Garibaldi, exclama, ¿es acaso superior al de los triunviros?» y le refiere los peligros que ha corrido, las violencias que sufriera, y la oposicion de Garibaldi á dejarle pasar adelante. «Por el interés de Roma, dice, mas aun que por el de Francia, importa que mi mision se cumpla, y se cumplirá.» Mazzini le entrega un nuevo salvoconducto, y con él puede llegar por fin Mr. Mangin al cuartel general francés. Á su llegada halla al General en jefe gravemente enfermo, y el duque de Reggio, previendo las fatales consecuencias de que podia ser origen un sistema contemporizador, contestó lo siguiente á sus proposiciones: «Los romanos desean la guerra, y cuanto mas pronto será mejor; sin embargo, si mas bien aconsejados consienten en someterse á

la Francia, me hallarán siempre dispuesto á acoger todas las proposiciones conformes con la dignidad de la Francia y con los intereses de la soberanía pontificia.»

«Los refuerzos franceses solo habian llegado en parte, y los defensores de Roma aprovecharon esta dilacion para activar sus trabajos de resistencia y continuar en sus excesos: el dia 2 de mayo la comision de barricadas señaló los puntos en que al primer cañonazo debian reunirse los combatientes armados; el dia 3 hizo un llamamiento al patriotismo interesado de los herberos, suplicándoles en nombre del pueblo que acudiesen al seno de la comision, á fin de examinar los *tribolis*, instrumento hecho para atormentar al enemigo; esta máquina de nuevo género estaba formada con planchas erizadas de clavos, y la comision ofrecia un premio de treinta escudos pagados al instante al que le entregase ciento de dichas máquinas. El mismo dia decretó la construccion en todas las calles de barricadas movibles, y lanzó una fulminante proclama contra el ejército napolitano.

«Sea la insurreccion por algun tiempo, decia, el estado normal del país, la vida de todo patriota; sean los cobardes castigados con la infamia y los traidores con la muerte! y así como la república fue grande durante la paz, sea terrible durante la guerra.» Recomendaba además á los habitantes de las provincias la organizacion en partidas de diez á cincuenta voluntarios, dependientes del gran centro de Roma, que debia atacar de frente, y prometia el grado de capitán á todo el que reuniese diez ó cincuenta, y tierras, honores y dinero á cualquiera que combatiere por la salvacion de la república romana.

«Imposible era que estas permanentes excitaciones dejasen de traducirse en actos deplorables, y aquel mismo dia tres campesinos fueron atacados por algunos hombres furiosos. «Son jesuitas disfrazados,» exclaman, y al momento acude una tumultuosa muchedumbre gritando: *¡Mueran los Jesuitas!* encierran á los tres desgraciados en un círculo que va estrechándose por momentos; en vano suplican y declaran que no son eclesiásticos; los gritos de muerte aumentan, y una mujer de la campiña de Roma, deslizándose como una serpiente á través de la multitud, se acerca á ellos y los hiere con el puñal que sirve de aguja en su peinado. Su accion fue la señal de la matanza, y en un instante las tres víctimas son asesinadas y despedazadas; la multitud, ebria de ira, se lava las manos en su sangre; divide entre sí su carne, y entonando los lúgubres cantos con que la Iglesia católica acompaña las palabras sacramentales que pronuncia por los difuntos, precipita en las aguas del Tíber los palpitantes restos de aquellos nuevos mártires de los errores populares. El dia siguiente el triunvirato se limitó á reprender, en pacíficas proclamas, tamañas atrocidades, que calificó de graves desórdenes.

«El dia 6 la comision de barricadas prohibió colocar banderas rojas en las calles donde no lo habian sido por ella misma, y declaró que aquellas banderas indicaban las calles reservadas para la artillería y la caballería. «En todas las demás calles, dice, levantad barricadas á discrecion, si bien cuidad de que pueda pasar por ellas un hombre á caballo; recoged piedras y tenedlas prontas; la piedra que aplastará á algun agente de la tiranía se convertirá en piedra preciosa. Las damas romanas especialmente deben recoger esas inexorables piedras, etc., etc.»

«El príncipe de Canino que, ya por amor á la popularidad, ya por temor del populacho, solo firmaba C. L. Bonaparte, dió en nombre de la Asamblea

constituyente un voto de gracias á los triunviros. «Ciudadanos, dice, la Asamblea juró no ha mucho salvar la república, y la república será salvada, ya que contribuyen con tanto patriotismo al cumplimiento de su juramento almas tan generosas como las vuestras.»

«Finalmente, un francés expulsado de su país, y capitán de Estado mayor en el ejército romano, trata de excitar contra sus compatriotas el valor de los extranjeros. Laviron, encargado por el Ministro de la Guerra de formar una legión extranjera, invita á todos los que deseen combatir por la causa de la libertad á presentarse en la Pillota, donde serán inmediatamente inscritos y organizados en legión. Olvidemos por el honor de nuestro país que aquel hombre llevó las charreteras de artillero de la guardia nacional de París (1).»

El triunvirato trataba por todos los medios posibles hacerse partidarios entre el ejército francés; pero aquellos valientes soldados se hallaban dispuestos á perder antes la vida que hacer traición á sus banderas. Por un cálculo político se pensó en dar libertad á los prisioneros y disponerles toda suerte de obsequios, pensando que de este modo podrian atraerles. Hé aquí la carta que Mazzini leyó en sesión pública á la Asamblea constituyente: «Ya tenéis conocimiento, decía, de nuestra decisión respecto á los prisioneros franceses; de este modo enviamos apóstoles en el cuerpo expedicionario, y contribuimos eficazmente con semejante acto á ganar para nuestra causa la opinión pública, que cada día se pronuncia en Francia con mas fuerza en nuestro favor. *Las noticias de París son buenas.*»

Es indudable que el triunvirato obedecía á las órdenes del comité democrático de París, de aquellos hombres tan poco amantes de su patria que, como quiera que el espíritu de partido habia desfigurado los resultados de la jornada del 30 de abril, entonaban un *Te Deum* democrático en honor del pretendido triunfo obtenido por los romanos contra sus compatriotas. Aunque hubiera sido cierto el triunfo de los republicanos de Roma, ¿dónde se ha visto mas cinismo que celebrar las victorias de un ejército contrario y la derrota de los propios hermanos? Á tales aberraciones dan lugar las pasiones políticas que embotan todo noble sentimiento.

En efecto, los prisioneros procedentes del 30 de abril fueron puestos en libertad. Una inmensa multitud recorría tras ellos las calles gritando: ¡Viva la república francesa! ¡Viva la república de Roma! Y en todas partes tenían que detenerse los soldados franceses para recibir los obsequios que se les tributaban y los apretones de manos de los farsantes dominadores. La comedia estaba perfectamente preparada, sin faltarle cosa alguna de su correspondiente aparato. Así es que hasta una lluvia de flores caía sobre los que días antes habian sido objeto de los mayores insultos y peores tratamientos. El caso era, como antes hemos dicho, atraerse la voluntad de aquellos soldados, y que al volver á sus filas pudiesen manifestar que los romanos estaban animados de sentimientos los mas pacíficos, y que una y otra república debían considerarse y amarse como hermanas. Esto pasaba el 7 de mayo.

En tanto que los demócratas de París se mostraban tan enemigos de su patria, como antes hemos visto, y dirigiéndose á sus amigos en Roma les decían: «Italianos, hermanos nuestros, cesad de maldecirnos y de renegar de nosotros; la verdadera Francia, la Francia del 92 y la del 24 de febrero, existe

(1). Mr. Alfonso Balleydier, obra citada, traduccion de D. Francisco de P. Fors de Casamayor.

aun;» un hombre de corazon que acababa de ser elegido presidente de la república francesa protestaba contra aquellos alardes antipatrióticos, escribiendo una carta al general Oudinot, que un publicista notable ha calificado de verdadero monumento histórico, que creemos de nuestro deber insertar aquí. Es de este modo:

«Mi querido general:

«El parte telegráfico que anuncia la imprevista resistencia que habeis hallado bajo las murallas de Roma me ha causado una profunda pena, pues, como no ignorais, esperaba que los habitantes de Roma, abriendo sus ojos á la evidencia, habrian recibido solícitos á un ejército que iba á ejercer en su ciudad una accion benéfica y desinteresada. Por desgracia no ha sucedido así, y vuestros soldados han sido recibidos como enemigos: desde aquel momento queda empeñado nuestro honor militar, y no sufriré que caiga sobre él la menor mancha. Los refuerzos no os faltarán, y decid á vuestros soldados que aprecio su valor, que participo de sus penas, y que siempre podrán contar con mi apoyo y con mi gratitud.

«Recibid, mi estimado general, la expresion de mis sentimientos de aprecio. —Luis Napoleon Bonaparte.»

Esta carta fue confiada para llevarla á su destino á Mr. Fernando de Lesseps, el cual llegó al cuartel general durante la noche del 14 al 15; acompañado de Mr. Accusi, ardiente revolucionario comprometido en 1831 y comprendido despues en la amnistía dada por Pio IX en los primeros dias de su pontificado. Los que deseaban el verdadero triunfo del Pontífice-Rey vieron con desconfianza que estos dos hombres fuesen los comisionados para acudir al cuartel general con órdenes del Presidente de la república francesa.

Recibida dicha carta por el general Oudinot se apresuró á contestarla para manifestar al Jefe del Estado la situacion en que se hallaba el cuerpo expedicionario, y lo hizo en los términos siguientes:

«Señor Presidente:

«Acabo de recibir la carta que os habeis dignado escribirme con fecha 8 del corriente, la que me apresuro á poner en conocimiento del cuerpo expedicionario, pues en ello encontrará una preciosa y justa recompensa de su abnegacion, valor y disciplina.

«El ejército francés se halla á las puertas de Roma, y por vasto que sea el recinto de esta plaza, se halla completamente circunvalado; en breve nuestras piezas de batir estarán en batería, y dueños de la parte alta y baja del Tíber, dominando en el camino de Florencia, hemos interceptado todas las comunicaciones, y tenemos una plena libertad de accion.

«Desde hoy seria segura é infalible la sumision absoluta del partido que domina en Roma, si el *Monitor* del 8 no reanimase fatales esperanzas; mas, suceda lo que quiera, dentro de pocos dias la Francia será árbitra de los destinos de la Italia central, y nuestro Gobierno recogerá el fruto de la enérgica y generosa política que pretende seguir y que vos le inspirais.»

Dirijamos ahora la atencion, siquiera sea por breves momentos, á Gaeta, donde Pio IX sigue recibiendo la mas generosa hospitalidad. Allí, investido de la paternidad universal, espera tranquilo el desenlace de los sucesos, fija

su confianza en el Dios que gobierna el universo en peso, medida y número. Ora incesantemente, y excita á toda la familia católica á unir sus oraciones á las suyas, á fin de que el Señor se digne abreviar los días de la prueba, y que la nave de la Iglesia agitada por tan terribles tempestades descanse cuanto antes en el puerto de la bonanza y de la paz. Desde el lugar de su destierro dirige su pensamiento á Roma, y llora sus desgracias á la manera que el Profeta de los lamentos lloraba por la ruina de su Jerusalem amada. Con el corazón destrozado por las traiciones y las ingratitudes, que fueron recompensa de sus virtudes y bondades para con su pueblo, no tiene una palabra de odio para sus enemigos, si bien su constante deseo era ver libre á su capital amada de aquellas hordas de malhechores que la deshonoraban.

El mismo nombre que el Soberano Pontífice se había impuesto á su exaltación le recordaba que en menos de un siglo otros dos predecesores suyos, los Pios VI y VII fueron también llamados á pelear contra la idea anticristiana por decreto de la Providencia, saliendo ambos desterrados y devorando las mayores amarguras. Pio IX sabía que aquellos ilustres Pontífices, dirigiendo su voz al mundo desde las mismas prisiones, habían sido escuchados hasta en los últimos confines de la tierra, y que cuando más ultrajada había sido la cátedra de Pedro, se vió que los huracanes no habían hecho otra cosa que afirmarla y robustecerla. «Los golpes de la fortuna, dice un sábio escritor, la depravación y ruina de los hombres, las combinaciones en la política, los furores de la impiedad, todo viene á confirmar los celestes decretos: defiende al Pontificado una mano protectora, y sírvele de muro la misma bendición de Dios. Ultrajen, nieguen, amenacen y despojen sus enemigos en buen hora: lleve el Pontífice tiara de oro y pedrería ó corona de espinas, sostenga en su mano cetro ó caña, siempre es y será el Papa.

«Y tan cierto es esto, hasta tal punto queda demostrado por los mismos acaecimientos, que basta la historia de esos tres Pontífices para convencer á todos de su evidencia. Muere Pio VI en territorio extranjero, encarcelado por la revolución, y pocos meses después es llevado á la basílica de San Pedro el féretro de la víctima, y para inmortalizar al mártir y confesor coloca Roma por manos de Canova la estatua de Pio VI en el mismo sepulcro de los santos Apóstoles, como para glorificar á Pedro y Pablo en el inquebrantable esfuerzo de su sucesor. Á su vez Pio VII vuelve á su querida Roma al caer Napoleón; pero, más afortunado Pio IX que sus antecesores, en apariencia á lo menos, entra de nuevo en ella en el preciso momento en que Luis Napoleón Bonaparte presenta su futura elevación al imperio, como prenda de libertad para la Iglesia y de sosiego para el Sumo Pontífice (1).»

Así hablaba un eminente publicista cuando Pio IX, amparado por las victoriosas armas, entró solemnemente en la capital de sus Estados. Hoy Pio IX se halla tanto ó más angustiado que en los días de la revolución romana. Dios vendrá nuevamente en su auxilio, y Roma se salvará otra vez.

Sigamos la ya interrumpida narración del sitio de la Ciudad eterna.

El ministro plenipotenciario de Francia Mr. Fernando Lesseps, luego de haber entregado al General en jefe del cuerpo expedicionario la carta que se ha leído, partió inmediatamente para Roma, donde verifica un tratado contrario á la voluntad del Presidente de la república francesa, á la del general Oudinot y de todo el ejército, el cual consistía en una suspensión de hostilidades.

(1) Crétineau-Joly, *La Iglesia romana y la Revolución*.

Entre tanto el ejército francés hábilmente dirigido hacia diferentes movimientos, y el general Cárlos Levaillant, al practicar un reconocimiento en la direccion de la *villa* Panfilí, se apoderó de un cuerpo avanzado de cuarenta y cinco romanos, establecido en la union de los caminos de Capaletta y Gorvia-le. Engañados aquellos soldados por las calumnias que se habian propalado contra el ejército francés, pues se decia que no daba cuartel y que trataba con la mayor crueldad á los prisioneros, creian que iban á ser inmediatamente pasados por las armas. Aquellos héroes de barricadas, que se jactaban de tanto valor cuando estaban al abrigo de las murallas de Roma, y que parecian desafiar la muerte, apenas se vieron en poder de los soldados del ejército expedicionario lloraban como niños, y juntando las manos ante el pecho imploraban la vida con la mayor humildad. ¡Ni aun tenian el valor de sufrir los reveses á que los exponia la causa de que se habian constituido defensores! El General se apresuró á tranquilizarlos diciéndoles que nada tenian que temer, porque «los franceses respetan á sus prisioneros y jamás dan la muerte despues del combate.» Tales palabras fueron como un bálsamo de consuelo para aquellos afligidos corazones. Encontraron la vida en los instantes en que creian perderla. En aquellos momentos regresaba de Roma Mr. Fernando Lesseps, que dió cuenta al general Oudinot del tratado que acababa de firmar, y en virtud del cual los romanos pudieron recibir nuevos socorros. El dia 8 entró en Roma una columna de cuatrocientos cincuenta lombardos bien armados y equipados; el 13 dos mil hombres y una compañía de voluntarios de Perugia fueron recibidos con el mayor entusiasmo. Eran mandados por el general Roselli, el cual fue elevado poco despues al mando en jefe de las tropas romanas. Cuatro dias despues hizo su entrada la division del general napolitano Mezzacapa, formada de doce piezas de artillería, dos escuadrones de caballería y cuatro mil quinientos infantes, compuesta de guardias civiles de Bolonia, de suizos y de refugiados polacos.

Trabajaban constantemente en la construccion de barricadas de dia y de noche á través de canciones bélicas. Hé aquí una muestra de esta literatura revolucionaria. Es el himno de Magazzari, antes poético chantre de Pro IX, que llegó á prostituir hasta tal extremo su talento:

«En el suelo de Italia, no haya mas papas ni reyes; ya no reina aquí la esclavitud. ¡Guerra! ¡guerra!

«Desde hoy los Alpes y el mar ciñen una sola alma, una sola voluntad; lancemos el grito de los valientes: ¡Guerra! guerra!

«Vil é impío es el que vacila coger un fusil y un puñal, y no se atreve á atacar al enemigo. ¡Guerra! ¡guerra!

«Tierra de Italia, patria nuestra, tuyo sea nuestro último suspiro: por tí queremos vencer ó morir. ¡Guerra! ¡guerra!

«Debajo del suelo que pisamos se estremecen los cadáveres de un pueblo que vivió en otro tiempo. ¡Ah! aquel pueblo ya no existe. ¡Guerra! ¡guerra!

«Pero el recuerdo de los héroes no puede engañar ni morir: levántate, Italia, y emprende un nuevo vuelo. ¡Guerra! ¡guerra!

«En el suelo de Italia no haya mas papas ni reyes; ya no reinará la esclavitud. ¡Guerra! ¡guerra!»

Mientras tanto que lanzaban el reto á los ejércitos cristianos, las tropas austríacas ponian sitio á la ciudad de Bolonia, y el general Córdoba se reunia á la primera expedicion española desembarcada en Terracina. Á los ma-

nifistos dirigidos por ambas potencias, contestaron los triunviros del modo siguiente:

«¡Tambien la España nos envia en tono altivo, segun acostumbra, un insolente reto; el coro está compuesto de este modo: el Austria, la Francia, Nápoles y la España reproducen la historia de los antiguos tiempos y contestan á la voz de un Papa!

«¡Que sean contra nosotros tres ó cuatro, poco importa! ¡Roma no se aparta de sus irrevocables designios! ¡Hace tres siglos y medio que los mismos soberbios agresores hallaron una Italia agonizante, mas hoy hallarán una Italia que renace, la Italia del pueblo!»

Propalábanse mil mentiras sobre victorias conseguidas por las tropas romanas, y la estatua de Pasquino manifestaba la verdad de aquella revolucion en un cartel cuyo autor al ser habido hubiera sido víctima de las iras populares; era de este modo:

«Regocíjate, pueblo bonazo y simple, engalánate con tu último traje de fiesta, gasta tus últimos bayocos para iluminar tu casa, entona en señal de alegría tu canto de guerra: ¡No haya mas papas! ¡no haya mas reyes! Regocíjate, pueblo bonazo y simple, pues los que han reemplazado al Papa y que quisieran sustituirse á los reyes, te concederán una libertad tan grande, que despues de apoderarse de tu último escudo, te dejarán la de morirte de hambre. Mientras tanto, sé tan agradecido, pueblo bonazo y simple, como se muestran ellos generosos y justos; para ellos los palacios de tu papa, de tus cardenales, de tus príncipes; para ellos los honores y la fortuna; ¡para tí las balas, los hospitales y la miseria! ¡Regocíjate, pues, pueblo bonazo y simple!»

Este cartel permaneció expuesto por espacio de algunas horas, hasta tanto que un patriota lo arrancó lleno de ira, porque no hay cosa que mas la produzca en ciertas gentes que la verdad desnuda. En las épocas revolucionarias es ciertamente peligroso el decirla.

El Rey de las Dos Sicilias, que temió obrasen de comun acuerdo Francia y Roma, se decidió mas que nada, por complacer á Pio IX, á hacer con sus tropas un movimiento retrógrado, dirigiéndose hácia Velletri; pero apenas habia entrado en la ciudad supo que un cuerpo de diez mil romanos se dirigia á marchas forzadas hacia la misma ciudad. Con efecto, en la mañana del día 19 se divisaron las primeras avanzadas de las bandas garibaldinas, empezándose poco despues una terrible lucha entre ambos ejércitos, que presenciaba el Rey desde lo alto del palacio del Legado, rodeado de el conde de Aquila, el de Trapani y el infante de España D. Sebastian. Al ver el Monarca que muchos de sus oficiales caian heridos, descendió con sus acompañantes de la montaña, y se dirigió al lugar del ataque, que era la puerta Romana, siendo acogido por sus tropas con el mayor entusiasmo á los gritos de ¡Viva el Rey! Desde aquel momento el Soberano dirigió la batalla alentando á sus fieles y adictas tropas. Ocho horas hacia que duraba el combate, y el fuego de los romanos empezaba á debilitarse, cuando acudió en socorro de Garibaldi una nueva columna compuesta de cuatro mil hombres, que fue barrida por la metralla de los napolitanos, quedando por el rey Fernando el honor de la jornada. El General romano usó de toda su habilidad para desvirtuar la verdad, pero su mismo parte dirigido á la Constituyente romana lo denunciaba. Hé aquí dicho documento:

Cuartel general de Velletri. Boletín del cuerpo de operaciones á las órdenes del general en jefe Pedro Roselli, desde su salida de Roma el 16 del corriente, hasta la ocupacion de Velletri el 20 de mayo de 1849.

«Las tropas napolitanas ocupaban las posiciones de Albano, Velletri y Palestrina, y tenían la línea de operaciones con direccion á Roma.

«El ejército de la República salió de Roma los dias 16 y 17 para echar al enemigo, y maniobró para cortarle las comunicaciones con el Estado napolitano. El punto de direccion del ejército era Monte-Fortino, donde luego de haber llegado habria amenazado todas las comunicaciones del enemigo.

«No les quedaba á los napolitanos otro partido que el de retirarse ó de venir á atacar las posiciones que habian elegido. El ejército se componia de cinco brigadas de infantería y una de caballería: teníamos igualmente doce piezas de artillería: abria la marcha la primera brigada con un escuadron de lanceros y dos piezas. Saliendo de Roma á las cinco de la tarde, tomó la direccion de Zogarolo por el camino de los *Capanelles*, y esto para descubrir lo menos posible su flanco derecho. La marcha fue muy rápida. Á las diez de la mañana entraba en Agarolo. La vanguardia atravesó rápidamente el país, y se acampó en las colinas que defienden los caminos de Palestrina y de Albano. Segun todas las suposiciones, era preciso atacar el dia siguiente á Palestrina y marchar en seguida sobre Velletri. Entonces determinóse la ocupacion de Monte-Fortino.

«Habíase dado la orden al ejército para ponerse en marcha antes de amanecer; emperó habiéndose retardado por falta de medios de transporte y por una equivocacion el arribo de los víveres, nuestros valientes soldados tuvieron que perder un tiempo precioso y moderar su impaciencia de marchar contra el enemigo hasta que se pudieron suplir dichos víveres con los que se encontraron en la comarca; excursion poco productiva, si se atiende la tala que las tropas borbónicas habian cometido durante su corta permanencia en la misma.

«Mientras tanto, por la mañana del dia 19 la vanguardia ocupó Monte-Fortino: el centro del ejército (2.^a y 3.^a brigadas) se hallaba acampado entre Monte-Fortino y Valmontone. Los partes que se recibieron aseguraban que el enemigo se retiraba, y de consiguiente se decidió en seguida á tocar llamada para atacarlo y dispersarlo. Al despuntar el alba del dia 20 la vanguardia salió de Monte-Fortino hácia Velletri.

«El cuerpo de ejército detenido en sus movimientos por la misma dificultad de los víveres no pudo emprender la marcha hasta mas tarde, de modo que en el momento de trabarse la batalla no se hallaba á la conveniente distancia de la vanguardia.

«Mandada esta por el coronel Marochetti, y en la que se hallaba igualmente el general Garibaldi, comandante del cuerpo de ejército, tomó posicion á una milla de Velletri. Divisando al enemigo que tocaba retirada por el camino de Terracina, detúvose la vanguardia para aguardar al ejército y atacar, emperó un escuadron de caballería salió de Velletri dirigiéndose á ella, desfilando sobre sus flancos una columna de infantería enemiga. Chocaron desde luego las avanzadas, y se rompió el fuego. Nuestros flanqueadores detuvieron los progresos de la caballería enemiga, que empezó á retroceder, y

entonces nuestros lanceros cargaron, empero, *agobiados por el número, fueron rechazados*. Con todo, la marcha de la caballería enemiga fue contenida por nuestros tiradores, de suerte que esta se vió en la precision de volver grupas. En aquel momento el enemigo atacó por todas partes con su infantería y su centro, que se hallaba en el camino de Aversa formado en masa. Por nuestra parte, al toque de carga nuestros soldados republicanos se lanzan á la bayoneta sobre el enemigo que volvió la espalda. Perseguido dejó en el camino y en los campos un gran número de muertos y heridos, *cinco ó seis caballos muertos* y varios prisioneros. Nuestra vanguardia le persiguió hasta el interior de la ciudad, que desde luego fue rodeada por una cadena de tiradores.

«En aquel punto llegó nuestra caballería, la cual se trasladó en seguida al sitio del combate. Á las dos horas y media y poco despues llegó igualmente la tercera brigada mandada por el coronel Galletti.

«Convenia primeramente y ante todo reconocer la posicion del enemigo. Su artillería hacia un fuego vigoroso desde la altura de los Capuchinos y desde la derecha de la puerta Romana. En un momento ocupa la legion romana los puestos que habia defendido la vanguardia, la cual descansa, y una de sus compañías, guiada por el coronel de Estado mayor, Milbit, dando una carga en la carretera á paso acelerado, ganó las inmediaciones de la puerta. Un vivísimo fuego de fusilería y continuos disparos de metralla recibieron á nuestros valientes soldados á muy corta distancia. Los dos hermanos Fabrizi, adictos al Estado mayor general, tuvieron sus caballos heridos. Despreciando nuestros soldados todos los peligros y allanando todos los obstáculos tomaron posicion cerea de la puerta. Circuida la ciudad, se empezó por examinar la posicion del enemigo, y colocóse la artillería que la batió con éxito. Dificil es de penetrar en Velletri, por estar rodeada de un foso ancho y profundo á un tiro corto de fusil. La posicion de los Capuchinos domina el país, y es la llave del campo de batalla. Entre tanto habíase escalonado un cuerpo enemigo compuesto de cuatro batallones con caballería en la carretera de Nápoles. Entonces un oficial de Estado mayor, con veinte y cinco caballos y una compañía del 3.º de línea, atravesando los campos, se adelantó para reconocer las posiciones enemigas y asegurar nuestra ala izquierda. El fuego continuaba muy vivo: la posicion de los Capuchinos fue atacada con valor, empero el enemigo se sostuvo con su artillería: el sol se ocultó en el ocaso, y las tinieblas sucedieron á la luz del día.

«El movimiento retrógrado del enemigo no era seguro. De consiguiente tomáronse las disposiciones siguientes. Del parte del reconocimiento practicado resultó que para atacar nuestra izquierda no habia otro camino que el que conduce desde Cisterna á Monte-Fortino. Una compañía de carabineros ocupó, pues, á Guilliano, y envió un destacamento á Monte-Fortino para asegurar el camino de Anagni y asegurarse de esta suerte de cualquier sorpresa sobre nuestros flancos.

«Resolvióse atacar al amanecer la posicion de los Capuchinos. Las tropas de refresco acamparon escalonadas á la derecha de la carretera, terminando hácia los Capuchinos.

«La artillería y los bagajes acamparon en la carretera defendida por la infantería con direccion á la ciudad. La reserva á la izquierda de la artillería acampó en columna, y las tropas mas fatigadas lo verificaron detrás de esta. Frecuentes patrullas molestaron al enemigo durante la noche, la cual se pasó

